

Escuelas de trabajadores del mar

por MAREIRO

La virtud del mar es en España una virtud espontánea. Hay para el elemento azul una devoción inaprendida, irreflexiva, brotada de las condiciones de la existencia. La tienen los que por razones de tradición o de geografía, nacen vocados a la vida del mar, casi arrojados a él por la necesidad de comer.

El actual florecimiento industrial de la pesca, no es más que el desenvolvimiento de esa virtud primitiva, de ese sentimiento inconsciente que fué empujando a las generaciones, y redimiéndose poco a poco de las estrecheces rutinarias, por el ejemplo de otros países y los avances técnicos logrados bajo otros pabellones nacionales.

Sin esos espolazos de fuera, habría motivos para pensar que la pesca en España aun conservaría hoy el prestigio de los oficios bíblicos. La iniciativa privada se fecundó con los ejemplos del exterior. Arrumbó los remos por el vapor, y las velas por el motor, aceptó los aparejos de arrastre, la radiotelefonía a bordo, la sonda ultrasonora...

Llegó a la técnica, sin haber perdido totalmente el aire primitivo; aquel sabor familiar tan acentuado en las primeras evoluciones.

Pero llegó por sus propios pasos, tímidamente, sin aliento ni ayuda. He ahí el gran merecimiento, y al propio tiempo, la más tenaz rémora de las actividades pesqueras hispánicas.

* * *

Ahora el Estado español se decide a crear escuelas medias de pesca.

Tanto monta como reconocer que la pesca debe entrar en una etapa más eficiente. No ha de confiarse todo a la labor privada, a la vocación espontánea. Hay que poner al servicio de ella los conocimientos obtenidos por la investigación, las nociones paciente-mente elaboradas por la cultura.

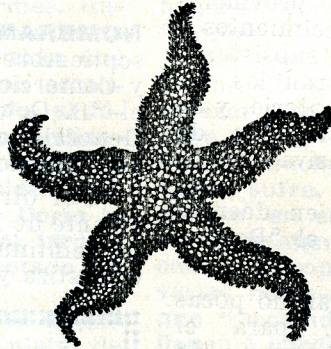
El mar ha sido hasta ahora la forja única de sus hombres.

Y ese maestro en crespado e inmenso puede enseñar muchas

cosas, pero esconde muchas más que no deben ser arcanos para el hombre. El hombre de mar ha de arrancarle al mar sus dones, exponiendo en la tarea el menor esfuerzo y el menor riesgo; consiguiendo para sus brazos la recompensa más copiosa con la más restringida entrega de energía.

Las escuelas serán eso: enseñanza viva de como el hombre que trabaja en el mar ha de vencerlo y domeñarlo. Hasta ahora lo hacía a fuerza de arrojo, de valor personal, y de experiencia acumulada. En adelante es preciso que se anticipe la mente al músculo, que la inteligencia sirva eficazmente al brazo.

Los libros y los cálculos, la cultura cernida y contrastada, al lado de la técnica indispensable,



dejarán de ser inasequibles para el marinero, para el patrón de navegación, para el maestro de pesca... Las manos rudas y vigorosas, curtidas por el sol y la sal, teñidas por el yodo, se harán diestras auxiliares de la mente y no solo instrumentos pulsados con el corazón.

* * *

El marinero no seguirá siendo el menos culto de los trabajadores, cuando la escuela cumpla su misión efectiva.

El área de su trabajo le aleja de los centros culturales de tierra, pero el hombre ya ha creado medios para vencer esas distancias, para cancelar la incomunicación entre la alta mar y la tierra.

La civilización moderna tiene una enorme fuerza expansiva. He ahí su mayor eficacia, su más

acusada característica. Se ha hecho para las tierras, los mares y los aires. Y el hombre de mar no puede escaparse a sus influjos, ni aun cuando se entrega a la faena heroica, contra los elementos hostiles y herméticos.

Las escuelas de pesca han de ser el vehículo de esa penetración cultural, y, además, la modeladora de la aptitud profesional. Se crean para el trabajador específico, para el que cultiva oficios del mar. Y deben actuar con métodos diferenciados, adaptados a las circunstancias del hombre para el cual se fundan.

Se abre un horizonte fecundo para el trabajador pssquero. Hacia él ha de marchar seguro de que las enseñanzas nuevas habrán de ennoblecerle, de transformarle, de perfeccionarle.

* * *

La escuela será, finalmente, seleccionadora. Estimulará y alentará a los mejores, estableciendo el respeto al mérito adquirido, labrado por el esfuerzo; reverenciando la calidad generosa e inteligente, en medios que no han conocido hasta ahora ese sentido jerárquico que se consigue por el esfuerzo y el saber.

La escuela puede alumbrar un fervor nuevo, que mantenga en el trabajador marítimo un alto sentido del deber y una fuerte ambición de cultura.

Todo eso puede ser la escuela, si nos preponemos que alcance un papel tan proponderante. Todo eso puede ser la escuela, si se la anima con medios y con hombres capacitados para la alta misión que le está atribuida.

He ahí el primer cuidado: crear escuelas vitalizadas, eficientes, incorporadas al ritmo industrial. Aulas frías, para suministrar nociones generales sin aplicación inmediata y viva al ejercicio pesquero, no representarían ventaja alguna sobre la situación actual.

La escuela habrá de ser viva y dinámica, capaz de elaborar culturalmente, el magnífico material humano, que hasta ahora solo recibió la enseñanza dura de la Naturaleza.